

LA MARCHA
DE LOS PUEBLOS
DE LA MONTAÑA

ANDRÉS DIPLOTTI

ESTABA JUNTO a mi ama cuando el mensajero volvió.

El Pueblo de la Flor Roja se había reunido en la cámara mayor. Los cazadores acababan de regresar de una larga excursión y todos querían ver qué habían traído. Cualquier novedad era bienvenida luego de semanas de comer lagartijas, larvas y peces ciegos.

La pieza principal era una cabra. Una cabra pequeña y flaca, más aun que las que solían verse en aquellas montañas. Carne verdosa y agusanada se derramaba por desgarrones abiertos por los buitres. Quizás por aquel mismo par de buitres atravesados por flechas que los cazadores habían depositado ante la plataforma de Brathugat.

—Una cabra flaca y dos buitres —le susurré al oído. Creí ver que sus ojos se movían bajo los párpados apretados.

Raramente se congregaba el pueblo entero salvo para las fiestas. Esta vez el ánimo no era festivo. La cámara estaba llena de murmullos y resoplidos. Todos veían que las presas eran magras y que nadie probaría más que un par de bocados.

—En tiempos de mi padre —dijo el viejo Kroth—, los cazadores habrían traído varias cabras y jabalíes en la mitad del tiempo.

—Si sabes dónde encontrarlos, puedes cazarlos con mi arco —gruñó Zagog.

—El Pueblo de los Huesos está cazando en nuestro territorio otra vez —dijo Duruk—. ¡Llevaremos la guerra a sus cuevas!

—No vimos ningún rastro de ellos —dijo Kúsh, pero solo yo la oí. La cámara mayor se había convertido en un hervidero de aullidos y pisotones.

—¡Si no han sido los de los Huesos, han sido los del Puñal Mellado!

—¿Qué imbéciles solo pueden cazar cabras muertas?

—Acabaremos comiéndonos entre nosotros.

—¡En la llanura podríamos encontrar más presas!

—No. —Mi ama nunca levantaba la voz. Cuando Brathugat hablaba, todos escuchaban—. Nadie bajará a la llanura

Ninguno la cuestionó. Todos conocían el motivo.

—¡Guerra, entonces!

—No. No iremos a la guerra. Son tiempos difíciles, pero pasarán. Los animales siempre vuelven.

—¡Pero tenemos hambre!

—Tú no estás nada mal, Orzug —comentó Ang—. Podrías alimentarnos a todos por una semana.

Las carcajadas duraron apenas unos instantes. Las apagó un grito proveniente de una de las entradas de la cámara.

—¡Brathugat!

Era el mismo mensajero de la otra vez, pero se lo veía mucho más cansado y sucio. Se lo hice saber a mi ama mientras el recién llegado se abría paso a empujones.

—¿Qué sucedió, Rága? —Ang bromeó en la lengua común—. ¿No encontraste el camino de regreso? —Se la veía despreocupada, pero tanto ella como Duruk habían echado mano a sus espadas. La vez anterior, Rága traía súplica en los ojos. Ahora estaban encendidos de furia.

—¡Brathugat! —volvió a vociferar aun antes de llegar ante la plataforma—. ¡Brathugat! Vine a implorar en nombre de mi pueblo. Me humillé ante ti. Sé que no soy el primero...

—Ya tienes mi respuesta, Rága de la Fortaleza.

—¡Skah! —En dos movimientos coléricos, se clavó los dientes en un dedo y escupió su propia sangre—. ¡Togh Rága! ¡Brathugat u ronk! ¡Shamug Rága Kál-ah!

No era necesario conocer la lengua de la Fortaleza para adivinar qué acababa de decir. Al menos una docena de manos lo habrían hecho pedazos si no hubiera mediado un gesto de Brathugat.

—Ahora soy solo Rága. El Pueblo de la Fortaleza ya no existe. El Ojo lo ha conquistado.

El silencio cayó como una losa de piedra. La sorpresa y el horror no habrían sido mayores si las tropas del Ojo se hubieran aparecido allí mismo.

—Lo vi cuando llegué a la Fortaleza —continuó Rága—. Las torres habían sido derruidas. Las puertas estaban destrozadas. Los esclavos del Ojo se llevaban en cadenas a los que no habían matado.

—¿Y a ti no te atraparon? —preguntó Duruk.

—Los vi a lo lejos desde la cima de un peñasco.

—Entonces no los viste. No viste el ojo pintado en sus escudos. No sabes si no era un pueblo vecino.

—Nuestros vecinos no tienen máquinas de asedio. Ni ologs.

Era cierto, entonces. El Ojo había subido a la montaña. Noté el desasosiego en la respiración de mi ama.

—Vuelvo a pedírtelo, Brathugat —dijo Rága—. Envía mensajeros a los otros pueblos antes de que nos esclavicen a todos.

—Ningún pueblo le llevará guerra al Ojo.

—Lo harán si lo pide la hija de Throgul.

Ang susurró al oído de Brathugat algo que no oí. Mi ama escuchó inmóvil. Noté como crecía la pesadumbre en su rostro deformado por las cicatrices.

—Hablaré de esto con mis capitanes — anunció.

—¡Gah! ¿Por qué la espera? ¡Todo tu pueblo está aquí! ¡Nombra mensajeros y envíalos ahora!

Duruk se interpuso. —Brathugat dijo que debes esperar, snaga.

—¡Skah! La hija de Throgul es una cobarde que le teme al Ojo y se oculta detrás de sus capitanes.

Una patada de Duruk lo hizo rodar por el suelo. La multitud se apartó, pero un instante después todos reían y le tiraban piedras.

—¡Rága snaga! —coreaban— ¡Rága snaga!

—¡Inclínate ante Brathugat! —ordenó Ang—. Suplica su perdón. Jura obedecerla a ella y a sus capitanes.

—Puedes ser Rága de la Flor Roja —dijo Brathugat—. O puedes marcharte.

Rága no juró ni suplicó. Lo vi ponerse de pie. Lo vi saltar, sacudirse, desafiar a todos. Lo vi llevar la mano a la espada. Vi la expresión en su cara cuando recordó que sus armas habían quedado con los centinelas.

Duruk tenía espada. Ang tenía espada. Algunos llevaban cuchillos. Todos tenían sus manos y sus dientes.

Y esta vez, ningún gesto de Brathugat los detuvo.

Esa misma noche hubo festejo. La comida no fue abundante, pero incluía cabra, buitre y el último miembro del Pueblo de la Fortaleza.

HABÍA EN las cuevas de la Flor Roja sitios que solo yo conocía. Agujeros en que cualquier otro se habría atascado. Cámaras donde guardaba pequeños tesoros que nadie echaría de menos. Túneles estrechos y tortuosos por los que me movía con la agilidad de un ratón.

Uno de esos túneles llevaba a la noche. Al viento frío, a los picos oscuros y afilados. Era uno de mis sitios favoritos. En invierno todo se cubría de nieve, y en primavera el gorgil crecía silvestre en las grietas.

Hasta allí ascendían las voces.

Mi ama y sus capitanes estaban sentados alrededor del fuego. Siempre conferenciaban allí. Un ángulo de la montaña brindaba refugio contra el viento y los precipicios garantizaban que nadie los oyese. Al menos, nadie que no pudiera llegar por otros caminos.

Hablaban de guerra. Ang quería marchar cuanto antes. Expulsar al Ojo mientras aún era débil.

Duruk opinaba que debíamos dejarlo a los vecinos de la Fortaleza. Les prestaríamos ayuda si la pedían, pero solo porque combatían al Ojo.

La Flor Roja no usaba a otros pueblos como escudo, decía Ang.

No eran escudos, decía Duruk. El Ojo era asunto de ellos.

Brathugat preguntó si sería posible fortificarse en las cuevas y cerrar todas las entradas. Ambos capitanes coincidieron en que no había suficiente comida.

Marchemos, decía Ang.

Esperemos, decía Duruk.

Brathugat debía decidir, decían los dos.

Mi ama no decidió. Ni siquiera parecía estar escuchando. Toda su atención estaba puesta en la talla de hueso que no dejaba de pulir con arena y ceniza.

—Meditaré esto —dijo.

Ang y Duruk no dijeron más. Se pusieron de pie y volvieron a la cueva. Los oí descender por el túnel. Los oí discutir por un instante antes de que sus voces se perdieran.

Brathugat quedó sola con el fuego y el aroma del gorgil. Trabajaba en silencio. Encorvada bajo su piel de cabra, parecía no tener otra preocupación que su talla.

—¿Sigues allí, Ratón? —dijo por fin sin levantar la cabeza—. Ven a hacerme compañía.

Hacía mucho que había dejado de sorprenderme de que pudiera oírme. Me oía aun con el silbido del viento y el crepitar del fuego. Salí de mi escondite y me deslicé a su encuentro.

Sentado ante ella pude ver en qué trabajaba. Una pipa. Podía haber sido una copa o una empuñadura de espada a la que los herreros le agregarían la hoja. Era un privilegio poseer una de las tallas que la hija de Throgul hacía al tacto. Los pueblos vecinos pagaban buen metal por ellas.

—¿Oíste todo? —preguntó.

—Siempre oigo todo.

Brathugat sonrió con aprobación.

—Ha florecido el gorgil —dijo—. ¿Lo hueles?

—Lo huelo.

—¿De qué color son las flores este año?

—Son rojas, mi ama.

Por un breve instante detuvo su trabajo. —Rojas —repitió en voz baja.

—¿Eran rojas las flores cuando Throgul marchó contra el Ojo?

—No recuerdo el color. Quizás eran moradas. O amarillas.

—¿Hay quienes van a la guerra en temporada de flores amarillas?

—No todos los pueblos usan el gorgil.

—Me gusta pensar que Throgul vio un augurio de guerra en las flores rojas.

—Quisiera que la realidad fuera tan simple como tus historias, mi ratón. —Deslizó lentamente un par de dedos a lo largo de la pipa, buscando cualquier astilla que hubiera dejado la gubia—. ¿Qué se dice en las cuevas?

—Algunos creen que debemos marchar a la guerra. Otros dicen que el Ojo no será peor que el Pueblo de la Fortaleza. Hasta aprueban que los hayan conquistado. —Brathugat gruñó—. Pero todos parecen igual de asustados.

—¿Y qué crees tú?

—Yo creo que si vas a la guerra, todos te seguirán.

Otra vez sonrió. No había alegría en esa sonrisa.

—Estás ansioso por tener nuevas batallas que contar. ¿Verdad, Ratón?

—Será glorioso.

—Glorioso. —Frotaba la pipa con un pellejo impregnado de ceniza húmeda—. ¿Sabes qué fue lo último que vi?

Por supuesto que lo sabía. Había crecido oyendo las historias. Las conocía tan íntimamente que hasta sabía cuáles partes habían sucedido y cuáles no.

—Lo último que viste fueron las montañas del oeste —respondí—. La Fortaleza del Paso de la Araña. Los centinelas de piedra que gritaron cuando...

—Lo último que vi fueron mis manos quemadas.

Me las mostró. En otro tiempo habían sido del color de la tierra y la arcilla. Ahora, igual que su cara, igual que todo su cuerpo bajo las ropas, estaban cubiertas de cicatrices blancas y rugosas.

—Nunca dejo de verlas. Las veo ahora mismo. Siento las cicatrices cuando tallo. Oigo los gritos de los que no salieron con vida.

—Entonces es cierto lo que dijo Rága. Tienes miedo.

—Mucho más ciega debería ser para no tener miedo al Ojo.

—¿Y Throgul? ¿Le tenía miedo?

Por unos instantes olvidó su trabajo. La pipa de hueso, el pellejo, la ceniza. Pareció incluso olvidar que yo estaba allí. Si no la hubiera conocido, habría pensado que estaba dormida.

—Esperaba que se contentaran con dominar la llanura —dijo al fin—. Esperaba que tuviéramos suficiente comida. Esperaba...

—Throgul le tenía miedo al Ojo —respondí mi propia pregunta—. Pero le llevó la guerra.

—Throgul no era una vieja inválida.

—Throgul no venció al Ojo él solo. Los pueblos de la montaña lo siguieron. Y te seguirán a ti.

No me respondió. Daba vueltas y vueltas a la pipa entre las manos.

—¿Cuántos mensajeros han venido a suplicarte? —insistí—. Solo están esperando que los llames.

—No hablemos más de esto —dispuso—. Esta pipa está lista. Trae algo para que podamos usarla.

El gorgil estaba al alcance de la mano. No tenía más que estirarme y cortar un par de hojas. Debí alejarme un poco para encontrar cardos y raíces que le dieran sabor.

Usar la hoja del gorgil era un arte. Solo con larga práctica se aprendían las proporciones de cada ingrediente. Los coloqué todos en la cazoleta con una pizca de agua y los trituré con una pequeña maza de bronce. Luego, tomando la pipa por el delgado tallo, la calenté sobre el fuego hasta que comenzó a humear.

Debía tener mucho cuidado. El gorgil fresco nunca debía arder. Si el humo se volvía negro, era necesario limpiar la pipa y volver a empezar.

Como siempre, la primera bocanada fue para mi ama. Aspiró profundamente y rió.

—Ciertamente es temporada de flores rojas —dijo.

El humo siempre me embriagaba al principio, pero la sensación se desvanecía enseguida. Los sueños llegaron antes de lo que esperaba. Formas imposibles y colores que nunca había visto bailaban en el humo blanco. Me pregunté una vez más si mi ama también veía los colores y las formas. Una vez más, no me atreví a preguntarle.

—Cuéntame una historia, Ratón.

Sabía qué prefería Brathugat. Le conté historias muy antiguas, de las que nadie sabía si eran ciertas. Le conté de pueblos de montañas lejanas y de sus guerras con los khuzud, que les disputaban sus cuevas, y con los golug, que caminaban bajo el sol y no morían salvo que los matasen.

Quedamos en silencio cuando terminé. Pudo haber durado dos minutos o dos horas.

—Si vamos a la guerra —dijo ella—, ¿vendrás conmigo?

—Ciertamente, mi ama —respondí—. Te seguiré adonde me lleves.

Asintió con un movimiento de cabeza. —Debo meditar estos asuntos. Mañana anunciaré mi decisión. No hables con nadie de esto.

—Con nadie, mi ama —respondí y trepé de vuelta a mi agujero.

LOS OJOS de Kúsh se abrieron muy grandes.

—¿Guerra?

—Brathugat lo anunciará mañana —le dije—. ¡Te envidio!

—¿Me envidias? ¿Por qué?

—Marcharás a combatir el Ojo, como en el tiempo de Throgul. Matarás ologs. Quisiera poder hacerlo yo también.

—No sabes de qué estás hablando, Irshag.

—¿No quieres que se cuenten historias sobre ti?

—Preferiría quedarme y oír historias sobre otros.

No lo entendía. Kúsh había nacido para la guerra. Era más alta que yo por apenas una cabeza, pero tenía el doble de mi fuerza. Era incansable en la marcha y la carrera. Podía oler el enemigo a media legua. No le hallaba sentido a su reacción.

—Has ido a otras guerras —le dije.

—Otras guerras no eran contra el Ojo.

—¿Le tienes miedo?

—¿Tú no? —rió— ¿Quién no le tiene miedo al Ojo?

—Brathugat, como ves. Tampoco Ang ni Duruk. En cuanto vieron las flores rojas del gorgil, dijeron que eran un buen presagio y que debíamos marchar cuanto antes.

—Tú deberías tener miedo de Ang y Duruk. Si supieran que los espías...

—Primero tendrían que oírme. Y luego alcanzarme. Y si me alcanzaran, tú me defenderías.

—¡Ja! ¿Por qué habría de hacer eso?

—Porque cuando resultas herida, me quedo contigo contándote historias hasta que sanas.

Su risa se convirtió en una mueca. Se rascó la cicatriz que un jabalí le había dejado dos veranos atrás.

—Te quedas conmigo irritándome —gruñó.

—Nunca me dices que me vaya.

Se encogió de hombros. —Las historias de Balag son peores.

—¿Balag cuenta historias?

—Historias que él cree ocurrentes. Y en los peores momentos. A veces pierdo un rastro por su culpa.

—En la guerra tendrás las mías, si las quieres. Todos las tendrán.

Eso la sorprendió. —¿Tú vendrás?

—Brathugat me ha pedido que la acompañe.

—Pero estarás siempre con ella, ¿verdad?

—Tendré que ver las batallas desde lejos, supongo.

—Y con escolta. Veo por qué me envidias.

—Si no quieres combatir, puedo pedirle a Brathugat que estés en la escolta.

—Hum... —Por un momento pareció considerarlo—. No, déjalo. Zagog me querrá con los cazadores. Por cierto, dijo que quería reparar las armas. Debo irme.

—No hables de esto con nadie.

—¡Por supuesto que no! Yo sí sé guardar secretos. No entiendo por qué Brathugat te deja saber todo.

—Porque soy un consejero muy sabio.

—¿Consejero? ¡Ja! Todos saben que no eres más que su snaga.

—¡Skai! Si fueras cualquier otro, te rebanaría el pescuezo.

—Cualquier otro te aplastaría bajo el zapato mientras tratas de levantar el cuchillo.

—Pero tendría que vivir con mis dientes clavados en el pie.

—¡Gar! ¡Los soldados del Ojo deben estar temblando!

Y, con una carcajada, Kúsh desapareció en los túneles.

ANOCHECÍA CUANDO los tambores y los cuernos atronaron en los dominios de la Flor Roja.

—¡Brathugat va a la guerra!

Una docena de cargadores acarrea la plataforma sobre sus espaldas arqueadas. En el centro, entre los postes unidos por cadenas, mi ama iba sentada serena, recta, enseñando a todos las huellas de las antiguas batallas. Una amplísima capa de carnero y de lobo colgaba de sus hombros, y su cabeza estaba coronada con el cráneo de la cabra más grande que se hubiera cazado en aquellas montañas.

Y yo, Irshag el Ratón, el menor de los siervos de Brathugat, tenía el privilegio de ser su pregonero.

—¡Brathugat va a la guerra! —anunciaba a viva voz—. ¡La hija de Throgul marcha contra el Ojo!

La plataforma oscilaba y se sacudía, y debía sujetarme a las cadenas para correr de una esquina a otra. Observaba desde lo alto a los guerreros que vitoreaban y batían sus armas al paso de Brathugat.

Distinguí a Kúsh entre los cazadores. Como los demás, no me veía. Solo veía a su ama.

—¡Brathugat marcha contra el Ojo!

Solo unos pocos quedaban atrás: los muy jóvenes, los muy viejos, las que estaban cerca del parto, los enfermos. Pero aun ellos eran parte de la guerra. Durante largas horas habían hervido las flores de gorgil hasta que quedó la resina amarga con que untaron las flechas, las espadas y las lanzas. Las puntas y los filos tenían un brillo rojizo a la luz de las llamas.

Y mientras unos aprestaban cuidadosamente las armas, otros agregaban una pizca del veneno a los morteros donde triburaban piedras y escarabajos para preparar la laca roja. Algo del espíritu letal de la flor vivía en los cinco pétalos del emblema pintado en los escudos.

—¡Brathugat va a la guerra! ¡A la guerra!

Y el Pueblo de la Flor Roja iba con Brathugat. Espadas al frente, lanzas a los lados, arcos en la retaguardia. Yelmos y escudos, tambores y cuernos.

Y el cuerno más grande era el que yo llevaba. Lo alcé hasta mis labios y soplé con todas mis fuerzas. El sonido me estremeció, pero me estremeció aun más el clamor de los guerreros en respuesta.

Fueron muchas jornadas de marcha por cornisas sinuosas y desfiladeros donde solo podíamos pasar de uno en uno o de dos en dos. En más de una ocasión la columna completa se detuvo mientras se fijaban cuerdas para que mi ama pudiera cruzar una grieta.

Los cazadores se alejaban del camino y a veces volvían con cabras, buitres negros, algún quebrantahuesos. Durante los descansos encontrábamos caracoles, culebras, arañas. Al pasar por un arroyuelo rellenábamos los pellejos y agregábamos ranas pálidas a las talegas.

Siempre había festín cuando nos deteníamos en una cueva. En ninguna sobraba comida, pero ponían ante Brathugat lo mejor que tenían: jabalíes, carneros, gatos monteses, algún caballo que se habían atrevido a cazar en la llanura. En el banquete más ostentoso se asaron cuatro snagas capturados en una guerra reciente con un vecino.

—Estas eran las cuevas del Pueblo de las Espinas —me dijo mi ama en esa ocasión—. Reconozco el olor a azufre de cuando vine a hablar en nombre de mi padre.

—Nunca oí del Pueblo de las Espinas.

—Se negaron a pelear. La montaña hizo erupción poco después.

Nuestras filas crecían tras cada cueva. Los emblemas de los escudos se multiplicaban: puñal mellado, cuervo, escorpión blanco. El eco de los tambores y los cuernos resonaba en los valles y entre los picos afilados.

Hasta que una noche, al doblar un recodo, vimos la Fortaleza.

Muchas veces había oído de ella, pero nunca la había visto. Era mucho más grande que lo que había pensado. Casi parecía una montaña sobre la montaña. Se decía que la habían construido los tarks muchas generaciones atrás para impedir el regreso del Ojo. ¡Necios! Nada de lo que hacían los tarks duraba. Sus propósitos siempre caían en el olvido. Sus pilas de piedras se desmoronaban. El Ojo siempre volvía.

Pero mientras volviera, encontraría guerreros que le hicieran frente.

Los cuernos y tambores se avivaron. Mil espadas batieron mil escudos, y de mil gargantas brotaron gritos de guerra.

Así comenzó la primera batalla de los pueblos de la montaña.

—¡ESCUHAD! ESCUCHAD cómo Brathugat derrotó al Ojo en la Fortaleza.

»Todos conocéis la historia de Throgul. Throgul el Grande, Throgul el Fuerte, Throgul el Sabio. Throgul, el que unió a los pueblos de la montaña contra el Ojo. Y el Ojo fue vencido, y sus esclavos huyeron a sus escondites más allá del oeste, y durante una generación y más vivimos libres de su tiranía.

»Pero los años pasaron. El Ojo, el Ojo de Fuego, el Ojo que quema lo que mira, volvió a alzarse y a fijar su mirada en los pueblos de la montaña. Y, puesto que odiaba no dominar cuanto veía, volvió a extender su mano para conquistarlo. Y la Fortaleza cayó.

»Pero no todos temblaron. Brathugat, la hija de Throgul, moraba en las montañas, y la sangre de Throgul no teme al Ojo. Un día el gorgil floreció rojo, y Brathugat supo esto y dijo: «Guerra».

»Y Brathugat marchó.

»Junto a ella marcharon sus capitanes: el aguerrido Duruk, la valerosa Ang. Y los pueblos de la montaña siguieron a Brathugat como antes habían seguido a Throgul. Y los esclavos del Ojo, que no esperaban combate, fueron expulsados de la Fortaleza.

»Yo estuve ahí. Yo lo vi todo. No lo olvidaré mientras viva.

»Ang fue la astucia de Brathugat. Duruk fue su fuerza. Fueron sus manos izquierda y derecha en la batalla. Su espada y su martillo iban y venían, cortando, rompiendo, matando. Sus voces daban vigor y ánimo a los guerreros, y pronto las piedras y los espinos se cubrieron de sangre negra y humeante.

»La montaña olía a muerte. Diez guerreros libres combatían a cada esclavo del Ojo, y por cada uno de los nuestros que caía, veinte de ellos eran aplastados.

»Entonces de la Fortaleza surgió un bramido. Fue algo terrible, como un derrumbe, como un trueno, como un volcán. Sonaron pasos pesados, como si tocaran un tambor gigantesco. *BOM. BOM. BOM.* Y ante el asombro de todos, dos ologs enormes brotaron de la puerta abierta.

»Algunos tuvieron miedo, pues nunca habían visto tal cosa. Los ologs eran bestias rugientes y deformes, grandes como peñascos; y cada olog empuñaba una maza de hierro tan pesada como un guerrero.

»Pero Ang no tuvo miedo, y Duruk no tuvo miedo, y al verlos muchos recobraron el coraje que parecía haberlos abandonado. Las mazas de los ologs sacudían la tierra y trituraban huesos. *BOM. BOM.* Intenso fue el combate, y muchos cayeron. Pero más aun eran los que llegaban a herir con espadas y lanzas la carne dura y escamosa de los ologs, y desde lejos los arqueros los acribillaban con flechas. La resistencia de las bestias fue grande, pero no fue eterna, y finalmente se desplomaron por la sangre perdida y por la mordedura de la flor del gorgil.

»Al ver esto, los esclavos del Ojo que aún peleaban soltaron sus armas y corrieron. Algunos se lanzaron por los acantilados y se destrozaron contra las rocas.

»Los gritos de la batalla se convirtieron en gritos de victoria. Los pocos que se ocultaban en la Fortaleza fueron hallados y lanzados también al vacío para que se reunieran con sus camaradas.

Justo antes de que saliera el sol, nuestros guerreros cortaron las cabezas de los ologs y las colocaron a la entrada como advertencia. No importa cuántas veces vuelva el Ojo. Nunca podrá conquistar a los pueblos de la montaña.

ME DESPERTÓ el zapato de Orzug.

—Brathugat quiere verte —me dijo malhumorado—. Te espera afuera.

Me pareció que era demasiado alto y su cabeza quedaba increíblemente lejos. Pero no tan lejos como para que su voz no me aturdiera.

Me puse de pie con dificultad mientras Orzug se alejaba farfullando. Se lo notaba irritado, acaso porque montar guardia lo había privado del festejo. Respiré hondo y emprendí una marcha tambaleante entre guerreros que roncaban y eructaban en el suelo.

Había sido el mayor banquete que nadie hubiera visto. Las fuerzas del Ojo habían tenido tiempo de abastecer las bodegas antes de nuestra llegada. Carne de venado, de cerdo y de carnero. Aves gigantes. Peces grandes y gordos en bloques de sal. Y varios barriles de vino. Qué sabor malditamente bueno tenía el desgraciado.

Eso había sido mucho tiempo atrás. Ahora sentía como mis pies se adherían a la piedra donde el vino se había derramado. Debía cuidarme de no clavarme espinas de pez o tropezar con trozos de jamón mientras esquivaba cuerpos durmientes.

Nunca entendí por qué alguien querría vivir en las edificaciones de los tarks. La Fortaleza no era más que una mala imitación de una cueva. Las paredes eran de piedra y el piso era de piedra, y allí terminaba todo parecido. El pueblo de Rága había cubierto las ventanas con pieles y tejidos pesados para impedirle la entrada al fuego del sol, pero no se podía hacer mucho para evitar las corrientes de aire.

Y era un sitio confuso, puesto que todas las cámaras y todos los pasajes se parecían. Erré el camino varias veces hasta que decidí arrancar una piel de lobo y salir por la ventana. Me quedé en el propósito: al ver hacia abajo, lo único que salió por allí fue la mitad de lo que había comido.

Pero el aire fresco de la noche me despejó y logré dar con la salida. Pronto encontré a Ang y Brathugat sentadas cerca del borde de un acantilado.

—Tus pasos suenan erráticos, Ratón —dijo Brathugat.

—Uh... Ang me hizo beber de su yelmo.

—¡Y bebiste más que yo! Eres todo un odre. —Los movimientos de Ang eran seguros y sus ojos, vivaces. Nadie habría dicho que había estado bebiendo.

Más que sentarme, me dejé caer junto a mi ama.

—Tu relato de la batalla fue muy bueno —dijo.

—¡Vaya que sí! Hiciste que Duruk y yo parecíamos héroes. —La risa de Ang fue más larga y estruendosa que lo acostumbrado. Quizás no estuviera tan sobria después de todo—. Los otros capitanes deben estar celosos.

—Yo... no conozco a los otros capitanes.

—Los conocerás —sentenció Brathugat—. Las próximas veces que cuentes la historia.

—¿Las próximas veces?

—Esta batalla fue solo la primera. Y quizás la menos costosa, puesto que no nos esperaban.

—Entonces... ¿Debo contarla más costosa? ¿O menos?

—Debes contarla gloriosa, como has hecho aquí.

Miré a Ang buscando ayuda, pero no dijo nada. De pronto se había puesto muy seria.

—Hay muchos otros pueblos en las montañas —continuó Brathugat—. Ellos deben saber qué sucedió. Deben saber que el Ojo puede ser vencido.

Asentí como si hubiera entendido. Era cierto que mi relato debía ser más extenso y narrar más lances. Los guerreros apenas habían tenido ocasión de brindar dos o tres veces mientras lo contaba. Una batalla, decidí, debía durar un barril entero de vino.

—¿Ellos vendrán a oírme?

—Tú les llevarás la historia.

—Yo les llevaré... ¿Yo les llevaré la historia?

—Irás cueva por cueva. Ang nombrará guerreros que te protegerán en el camino.

—Pero ama... Me estás pidiendo que te abandone...

—Te estoy pidiendo que me sirvas. Otros pueden prestarme sus ojos. Tú me traerás manos con espadas.

No supe qué responder. Solo acerté a mirar a lo lejos, meditando.

El cielo del este comenzaba a iluminarse. Pronto el sol saldría y quemaría el mundo. Pero el peor fuego era el que venía del oeste. Contra ese no valían cuevas ni refugios. De la mirada ardiente del Ojo no había escape.

Ese era un buen comienzo para la historia, pensé.

—Haré lo que dices, ama.

Brathugat asintió.

—Pero no digas que los superábamos diez a uno —dijo Ang—. Estimo que era más bien cinco o seis a uno.

—Hum... De acuerdo.

—Y no menciones que se defendieron con las herramientas que estaban usando para reparar la Fortaleza.

—Pero si no... Uh... Está bien.

—Ni que la puerta estaba abierta.

Eructé. El vino no me había abandonado del todo. De lo contrario, no habría dicho en voz alta lo que estaba pensando.

—Ang, no me enseñes a contar mis historias. Yo no presumo de enseñarte a pelear.

Me miró con severidad. Un instante después estalló en carcajas.

—Vete antes de que te despedace y ya no nos sirvas.

Tras un par de intentos, logré ponerme de pie y encaminarme a la Fortaleza. Debía hablar con los capitanes. Debía conocer sus nombres. Debía escuchar sus relatos de la batalla. Con esa determinación llegué al pie de las escaleras.

Luego de ascender, decidí que antes debía dormir un poco más.

DURANTE EL siguiente año conté la victoria de la Fortaleza ante tantos pueblos que perdí la cuenta. Y se añadieron la victoria de la Cresta del Hueso, y del Escudo de Piedra, y de la Garganta de Thund. Y conté cuán cerca estuvo el triunfo en la Cabeza del Gigante y en la Serpiente Dormida, y

que lo único que nos arrebató esas victorias fue que muchos pueblos aún temblaban en sus escondrijos.

«Yo estuve ahí —decía invariablemente, aunque no fuera cierto—. Yo lo vi todo». Y contaba que los soldados del Ojo eran snagas que no sabían pelear, y que se alimentaban de la carne de los pueblos conquistados.

Nuevos escudos se sumaron a la lucha: lobo tuerto, mosca negra, tocón. La segunda batalla de la Cabeza del Gigante fue una victoria para los pueblos de la montaña. Y siguieron las Manos de Khuzum, las Mil Agujas y la Cañada Sombría. Y la Fortaleza debió ser la Fortaleza del Monte Quemado para diferenciarla de la Fortaleza del Espolón.

El Pueblo de las Antorchas me recibió con vítores para Brathugat y me hizo repetir las historias durante varios días. Y cuando llegué a las cuevas del Pueblo del Cuerno Torcido y del Pueblo del Colmillo y la Garra, me esperaban con las armas listas y los emblemas pintados dentro de una flor roja.

Pero no solo contaba. También escuchaba. Y veía.

Nadie presta atención a un ratón. Cuando no se cuidaban de mí, encontraba los sitios secretos, los agujeros por los que nadie más podía arrastrarse, los recovecos más oscuros. Así supe muchas cosas.

Supe que el Ojo había prometido manjares y riquezas al Pueblo de las Dos Lanzas, y mis relatos comenzaron a incluir historias sobre traiciones y promesas rotas.

Supe que Karchak del Cuerno Torcido se reunía en secreto con enviados del Ojo, y me aseguré de que llegara a oídos de su capitán.

Supe que el Pueblo del Tizón ocultaba comida. Poco después, la comida se repartió entre los guerreros y ya no había ningún Pueblo del Tizón.

Todo lo que yo sabía, lo sabía Ang. Lo sabía Duruk. Lo sabía mi ama.

Y, aunque ella no oía mucho, Kúsh empezó a verme con otros ojos.

—NO SABÍA que los tarks montaran caballos.

—¿Yo ni siquiera sabía que hubiera tarks por estas tierras! ¿Tú sí?

—Oí algo en un par de cuevas. Dicen que pelean para el Ojo.

—No llevaban su emblema. Pero quién sabe qué cosas hacen los tarks.

—¿Cómo eran?

—Hum... Extraños. Altos.

—¿Altos como Duruk?

—Más.

—¿Más altos que Duruk? ¿Todos?

—Sí. Creo. ¡No lo sé! Solo sé que estábamos rastreando una manada de caballos y nos encontramos con... con esas cosas.

—¿Cuántos mataste?

—¡Ja! Tuve suerte de salir viva. Cuando cuentes la historia, asegúrate de que mate tres o cuatro.

—Cuando cuente la historia, serán golugs. Y matarás diez.

—Nadie creerá eso.

—¿Y sí creerán que montaban caballos como si fueran lobos?

—¡Ai! ¿Crees que lo estoy inventando?
—No. Te conozco. Sé que dices la verdad.
—¡Bien!
—Si pudieras inventar historias así, estarías recorriendo las cuevas en mi lugar.
—¡Oh, por supuesto! Tú eres el mentiroso consumado.
—Mis historias no son mentiras. Son una verdad mejor.
—Mpf... Tal vez sea cierto. Supe que tus verdades mejores trajeron muchos guerreros a la lucha.
—Mil quinientos o dos mil desde la última vez que hablamos, calculo.
—Ahora haces más que morder pies, ¿eh?
—Yo solo cuento historias y me escondo en agujeros. Tú eres la que mata golugs.
—Si hubiera golugs por aquí, tus historias ya habrían matado bastante más que diez. No está mal para un snaga.
—¡Ar! Si vuelves a llamarme así...
—¿Me cortarás el pescuezo?
—No te traeré más gorgil.
—Bah. No me gusta quemar hoja seca. Se la daba toda a Balag. ¡Ja! ¿Sabías que intentó fumar la raspadura de sus flechas?
—Pensé que los tarks lo habían matado.
—No. El idiota perdió sus provisiones en la pelea y no fue capaz de aguantar dos días sin gorgil.
—O sea que lo único que matasteis fue a uno de vosotros. Valientes cazadores.
—¿Crees que tú lo habrías hecho mejor?
—Yo no soy cazador.
—Te llevaré de caza cuando termine la guerra. Te enseñaré a usar el arco y a seguir rastros. Veremos si eres tan bueno como contando historias.
—¿En serio? No creo que Zagog me quiera estorbando.
—Olvida a Zagog. Iremos solo tú y yo.
—¿Y no temes que algún animal me destripe?
—Yo estaré allí para protegerte, ¿no?
—Tengo tu promesa, entonces. Cuando termine la guerra.
—Cuando termine la guerra.

ENTONCES APARECIERON las sombras aladas.

Nadie sabía qué eran ni de dónde venían. Pero, en mitad de una batalla, una o dos sombras oscurecían las estrellas y muchos de nuestros guerreros dejaban caer las armas y huían. El viejo Kroth, que había combatido junto a Throgul, contaba que en aquel entonces también las habían visto, y casi siempre auguraban una derrota.

Y las derrotas comenzaron a sucederse. Nuestras tropas menguaban y muchos sitios que habíamos conquistado volvían a ser del Ojo. La guerra debía torcer el rumbo. Brathugat envió mensajeros a los pueblos que combatían para conferenciar en secreto.

Yo estuve ahí. Yo lo vi todo.

Capitanes y consejeros se apiñaban en torno a un par de hileras de guijarros. Una de las hileras era las lejanas montañas del oeste, que ninguno había visto salvo Brathugat y Kroth. La otra hilera, que extendía brazos en un par de puntos, era las montañas del norte. Cuentas de colores dispuestas entre ambos brazos marcaban nuestras posiciones y las del Ojo.

—Estamos avanzando demasiado rápido —opinó Kroth—. Tenemos mucho que defender y muy pocas tropas. Throgul cometió el mismo error al principio.

—¿Qué sabes tú? —le espetó Fabark del Cuerno Torcido—. No eras más que una mano con una lanza.

—Kroth tiene razón —dijo Brathugat.

—¡Tú ni siquiera puedes ver el mapa!

Duruk se puso de pie. Era más alto y más ancho que casi todos los demás. Ciertamente era más alto y ancho que Fabark. Una mano enorme atenazó un cuello largo y delgado.

Brathugat no se movió, pero su voz fue estremecedora.

—Mis ojos no están en mi cara —dijo—. Déjalo, Duruk. Fabark del Cuerno Torcido no volverá a hablar si no tiene nada sensato que decir.

»Kroth tiene razón —repitió—. Throgul cometió errores que costaron muchos años y muchos guerreros. El Ojo ya nos está quitando lo que habíamos ganado. Debemos decidir qué conservaremos y qué abandonaremos.

—¡Gakh! —dijo Skla del Lobo Tuerto—. Llevo mucho tiempo diciendo que mis chicos se desperdician en el Espolón. ¿Para qué queremos guardar ese paso? Del otro lado de la montaña no hay nada. Lo he visto.

—El Ojo podría usarlo para enviar mensajeros a sus aliados.

—¿Se te ha podrido el seso, Ufkar? El Ojo tiene otros caminos si quiere cruzar las montañas.

—Sí —dijo Brathugat, y sonó como un suspiro—. Tiene otros caminos.

Lokgursh del Cuervo asintió vigorosamente. No pude evitar fijarme en cómo se sacudían las plumas negras que le colgaban de una oreja.

—Los del Lobo Tuerto serán más útiles en el Monte Quemado —dijo—. El Ojo querrá recuperarlo para dominar el camino a la región del Mar Amargo.

—Envíanos a combatir, Brathugat. Mis chicos se aburren y mis lobos quieren carne fresca.

—Lo que dices es sensato, Skla —dijo Brathugat—. Pero debemos conservar el paso de las montañas.

—¿Por qué? ¡Allí no hay más que piedras inútiles! Llevémonos lo que podamos y quememos la fortaleza.

Brathugat levantó los ojos y los clavó en Skla como si pudiera verla. Rara vez hacía eso.

—Hablares de esto más tarde. Cuando los demás se hayan marchado.

Pareció que Skla iba a responder, pero no dijo nada. Se sentó enfurruñada en un rincón mientras los demás discutían los próximos pasos.

En la Cañada Sombría había cuevas profundas donde guarecerse y conservar comida, y la guardaríamos con celo. Pero el Escudo de Piedra era inútil si teníamos las Manos de Khuzum. Esos guerreros serían destinados a las Mil Agujas.

—El Ojo nos acosa. —decía un capitán—. ¡Necesitamos refuerzos!

—Os alejaremos del peligro —respondía Brathugat—. Iréis a reforzar el Pico Roto.

Estaba claro que si Brathugat preguntaba por el parecer de alguien, era solo para no ganar enemigos. Ella y Duruk habían decidido tiempo atrás qué abandonaríamos y dónde nos fortaleceríamos.

Todos acataron las órdenes, algunos a regañadientes, otros con mejor disposición. Uno a uno fueron abandonando la cueva. Finalmente Skla quedó sola con Duruk y mi ama. Y conmigo.

—¿Vas a castigarme, Brathugat? —dijo—. ¿Enviarás a tu perro a morderme por cuestionarte? ¡Ja! La hija de Throgul se ha creído que es Throgul. Pero, por lo que cuentan, él era capaz de cortar cabezas sin ayuda.

—Ambos estaríamos cortando cabezas gustosos si yo tuviera mis ojos y él tuviera su vida —respondió Brathugat—. Pero sosiégate, Skla. No es por eso que quiero hablar contigo.

Skla quedó inmóvil estudiando a Brathugat como si intentara adivinar qué estaba por decir. Me entretuve observando la cicatriz de su pueblo, una línea de pintura roja desde la frente hasta el pómulo que cruzaba el ojo izquierdo. Había oído hablar de ella, pero ninguno la llevaba cuando visité sus cuevas.

—Habla.

—Kroth tiene razón. Mi padre cometió errores. Pero también se equivoca. El error no fue avanzar demasiado rápido. Fue avanzar demasiado lento.

—¿Y tú quieres ir más rápido?

—Mira el mapa. Mira el sitio donde se unen las montañas del norte y las del oeste. ¿Sabes qué hay allí?

—Una muralla, creo recordar.

—Una muralla que cierra el paso más grande de las montañas. Pero tiene una puerta. Una puerta que puede abrirse para dejar pasar un ejército.

—Ya veo. ¿Y con eso qué?

—Esa puerta se abrirá para los pueblos de la montaña.

—Sí, por supuesto —rió Skla—. Dentro de muchos años.

—No. Será pronto. Quizás antes del invierno.

—Brathugat, el aceite que te quemó los ojos también te quemó los sesos. ¿Sabes a qué distancia está esa puerta?

—Tenemos cierta idea. ¿Duruk?

—Unas cincuenta o sesenta leguas según vuela el cuervo —dijo Duruk—. Marchando, más.

—Sesenta leguas a través de las tropas del Ojo. ¿Cómo te propones que lleguemos a...? —Vi de pronto la comprensión en el rostro de Skla. Me estaba preguntando cuánto tardaría—. Hay otro camino.

Intuí, más que oí, la risa de Brathugat.

—Hay otro camino.

—Por eso necesitas el paso del Espolón. —Estudiaba el mapa rascándose distraídamente la falsa cicatriz—. No quieres abrir la puerta para salir. La quieres para entrar.

—Atrapar al Ojo entre dos fuerzas. Aplastarlo. Dejarlo sin sitio adonde huir.

—Yo creo que puede hacerse —dijo Duruk—. También Ang lo creía.

No estaban diciendo nada que no supiera. Muchas veces había oído a Brathugat, Ang y Duruk debatir la idea. Habían hablado de todos los detalles: el tiempo necesario para que las tropas

cruzaran el estrecho paso, la cantidad de provisiones, la estación adecuada para emprender la marcha... Pero pensé que habían abandonado el plan mucho tiempo atrás.

Porque era un plan excelente. Era fabuloso. Era el fin de nuestros padecimientos.

Pero era imposible.

—Brathugat...

—¿Sí, Skla?

—¿Cómo cuernos planeas abrir la puerta?

Por primera vez, Brathugat sonrió.

—Ese es mi pequeño secreto. Y bien pequeño es. Ven aquí, Ratón.

Los capitanes quedaron mudos. El estupor se veía en sus caras. Apenas podía imaginar la mía.

—Ven, Ratón —insistía Brathugat—. Tienes mi palabra de que no te sucederá nada.

Abandoné mi escondite con mucha cautela, la vista fija en Duruk. Faltó poco para que su estallido me impulsara a volver a mi refugio.

—¿Estuviste allí todo el tiempo?

—Muchas veces el Ratón ha estado con nosotros y nunca te has percatado, Duruk. ¿Por qué crees que hablábamos de este asunto solamente cuando él estaba lejos? —Sin dejar de reír, Brathugat me hizo una seña para que me acercase—. El Ratón podría contarte todos nuestros planes para los próximos meses.

—¡Debería cortarlo en rebanadas!

—Duruk, yo soy la ciega, pero tú eres el que no ve. Esto solo demuestra que mi confianza en el Ratón está fundada. Él puede entrar en un sitio, aprender sus secretos y salir sin ser visto ni oído.

Miré a Duruk. Miré a Skla. No encontré ninguna respuesta en sus caras. En una solo había enfado, y en la otra, una pronunciada curiosidad.

Brathugat puso sus manos sobre mi cabeza. Vi sus quemaduras más de cerca que nunca. Podía oler su aliento cuando me hablaba.

—Irshag de la Flor Roja —comenzó—. Irshag el Ratón. Eres pequeño, pero has golpeado al Ojo más fuerte que Duruk o Skla. Te has ganado holgazanear el resto de tu vida sin más preocupación que comer y dormir. Y, sin embargo, voy a pedirte una cosa más. Voy a pedirte que cruces el paso del Espolón, llegues en secreto hasta la muralla y encuentres la forma de abrir la puerta.

Tardé en comprender. No creía haber oído lo que mi ama acababa de decirme. Era como si me hubiera ordenado subir al cielo y bajar la luna.

—Mi... mi ama... Me pides que...

—Tiene que haber algo. Un pasaje oculto. Una contraseña secreta. Un centinela infiel. Sea lo que sea, sé que lo encontrarás.

—Esto es una locura —dijo Skla—. Tú también lo sabes, Duruk.

Noté la vacilación en la voz de Duruk. —Ciertamente es posible llegar hasta la puerta.

—Sé que lo que te pido es peligroso —continuó mi ama—. No voy a ordenártelo. Pero, si estás dispuesto a hacerlo, dentro de un año la guerra puede haber terminado.

No sé en qué pensé. Creo que pensé en Ang, que habría estado allí si hubiera estado viva. Creo que pensé en Kúsh y su excursión de caza.

Pero sí sé qué dije:

—Lo haré.

—Morirás antes de que te acerques a mil pasos de esa puerta —dijo Skla—. ¡Ja! Los chicos se divertirán apostando.

—No —la contradijo Brathugat—. Nadie lo sabrá. Si se murmura una sola palabra de esto, Skla del Lobo Tuerto se comerá su propia lengua.

—¡Gakh! Tu debilidad por este gusano será nuestra perdición. —Se puso de pie—. Bien, Brathugat. El Pueblo del Lobo Tuerto guardará tu paso. Pero nunca lo cruzará. Si acaso tu rata vuelve con el conocimiento que quieres, nosotros nos quedaremos de este lado.

—Es justo —dijo Brathugat tras una pausa.

—Y queremos las tierras del Pueblo del Tizón.

—Otros pueblos quieren esas tierras —objetó Duruk.

—Otros pueblos no tienen lo que Brathugat quiere.

—Las tierras no son vecinas a las vuestras.

—Mi hermano Lúg perdió esposas e hijos peleando por Brathugat. Es justo que sea recompensado por su sacrificio. Él será el padre y capitán del Pueblo del Lobo Ardiente.

—Todos hemos perdido... —Una señal de Brathugat interrumpió la respuesta de Duruk.

—Tu hermano será recompensado, Skla —dijo—. Tendrá las tierras del Pueblo del Tizón, como me pides. Y tendrá algo más. Tendrá la oportunidad de ganar renombre acompañando y protegiendo a Irshag.

—Aceptaste que nunca cruzaríamos...

—Acepté que el Pueblo del Lobo Tuerto no cruzaría el paso. No dije nada del Pueblo del Lobo Ardiente.

—¡Gakh! —Skla salió de la cámara levantando polvo. Volvió menos de un minuto después—. Esas tierras serán nuestras aunque Lúg no regrese.

Brathugat asintió. —No queda nada que disponer entonces.

—¡Bien! Prepárate, rata. Partiremos al anochecer.

—¿E... esta noche?

—¿Esperabas un banquete? Si no estás listo a tiempo, tendrás que encontrar el camino tú solo. Y una cosa más: mientras estés en el Espolón, no te apartarás de mi vista. O de la de quien yo decida.

Y volvió a salir. También Duruk abandonó la cámara. Quedé a solas con Brathugat y todas mis dudas.

—Sé que tienes miedo, Ratón. Sé que habrías preferido postergar esta decisión y que piensas que mañana la lamentarás.

—No.

La miré. Por un momento imaginé que también ella me veía.

—Throgul no temía al Ojo, ni le temía Brathugat —proclamé—. El temor era desconocido entre sus tropas. Y cuando Brathugat envió al menor de sus siervos a averiguar los secretos del Ojo, tampoco él temió.

Y con esto me marché, dispuesto a hacer cuanto mi ama me había encomendado.

Muerto de miedo.

EL RECINTO era alto y amplio. A los lados se sucedían espacios separados por paredes de piedra. No sé para qué usarían los tarks ese sitio. Ahora estaba lleno de lobos.

Nunca había visto lobos tan de cerca. No tenía idea de que olieran tan mal.

—Mira —me dijo Lúg—. Este es Búrtz.

Un enorme lobo negro levantó la cabeza y me miró. En su mirada no había interés ni amenaza, solo la seguridad de quien sabía que habría podido tragarme de un par de bocados. El pelo alrededor del ojo izquierdo estaba manchado de restos de pintura roja.

—Búrtz me ha llevado muchas veces a la batalla —dijo Lúg con orgullo.

—¿Vuestros lobos tienen nombre?

—No somos salvajes como los del Colmillo y la Garra —dijo Kraz.

—Vosotros os coméis a vuestros lobos.

—Solo si no pueden pelear. Aquí estamos. Esta es Aku.

La loba me gruñó a desgana y se volvió para seguir lamiendo a sus hijos. Las crías, apenas más que gusanos grises, no dejaban de gemir y morder con desesperación el vientre de su madre como si quisieran arrancarle un trozo.

—No sabía que fueran tan pequeños —comenté.

—Si quieres —me dijo Kraz—, más tarde podrás saber qué sabor tienen.

—¿Eh? ¿Vais... vais a comerlos?

—No crees que puedan pelear, ¿verdad? —Lúg rio de su propio chiste. Pocas veces una risa me pareció tan cruel y estúpida.

—Pero... Son tan pequeños... —Tan pequeños, pensé, como para aplastarlos bajo el zapato. Retrocedí por impulso un par de pasos, como si pudiera pisarlos.

—Sí. No será un gran festín. —Lúg sacó un cuchillo de su cinturón—. Pero es carne tierna.

—Ninguna otra hembra está amamantando —dijo Kraz, que había oído el tono de mi voz—. Si no les cortamos la garganta ahora, morirán de hambre. ¿Quieres que mueran de hambre?

—¿No podemos llevarlos?

Kraz bufó.

—Escúchame, rata. El Ojo me quitó dos hermanas y tres hijos, uno de ellos de mi carne. Pero ahora Lúg y yo seremos padres de un pueblo nuevo, y no nos detendrán los lloriqueos de ninguna babosa. —Le quitó el cuchillo a su esposo y por un momento pensé que lo usaría conmigo—. Ayuda a Lúg a sostener a Aku. Que no te muerda.

Lúg hizo todo el esfuerzo. Yo solo presioné la cara contra la loba para no ver. Oí el cuchillo abrir cinco tajos. Uno a uno se apagaron cinco gimoteos.

Cuando me atreví a mirar, Kraz se marcaba la cicatriz con el pulgar. Desde la frente hasta el pómulo, pasando por el ojo. Lúg se puso de pie y pintó a su vez su propia cicatriz. Luego pintaron una igual sobre el ojo de Aku, que apenas se resistió. El color era más profundo y brillante que el que le había visto a Skla.

—*Gastagu ka hanrugai holog stammar...*

Y siguieron recitando una letanía en su propia lengua. Supe tiempo después que era el Juramento de Sangre del Lobo Tuerto, que siempre se recitaba antes del combate:

—Esto juramos: si alguien viene por nuestra sangre, su sangre derramaremos. Heriremos a quien nos insulte y mataremos a quien nos hiera, y si alguien nos quita un ojo, le quitaremos los dos.

Y aullaron.

Aku levantó la cabeza de sus cachorros muertos y también aulló.

Y la jauría entera se unió al aullido.

Las cuevas al norte de las montañas eran negras y yermas. La tierra parecía quemada hasta donde alcanzaba la vista. Casi nada crecía allí. Un viento frío barría las laderas y arrastraba nubes de polvo.

Ninguno montaba a Aku. El lomo de un lobo era para la batalla, no para el viaje. Aku debía ser libre de apartarse del camino en pos de presas que solo ella podía oír y oler. Unas pocas veces volvió a nosotros con el morro manchado de rojo.

—Nuestros lobos irán a la batalla con sangre en el morro —dijo Lúg en una de esas ocasiones—. Y fuego en los ojos. Nuestros enemigos huirán de su vista.

—¿Cómo les pondremos fuego en los ojos? —preguntó Kraz.

Lúg guardó silencio unos instantes. Cuando volvió a hablar, dijo:

—¿Ya has oído el Juramento del Fuego que pensé?

—No.

—Escucha: «Nuestros enemigos arderán. Somos tizón encendido. Somos llama que devora. Somos fuego».

Kraz no respondió enseguida. Por un momento pareció estar considerando aquello.

—Eso no es un juramento.

—¡Claro que sí! Estamos jurando que arderán.

—Tiene que decir «juramos».

—No es necesario.

—Yo creo que sí.

—Gorzug piensa que está bien.

—¿Gorzug vendrá con nosotros?

—Será mi teniente.

Kraz se volvió hacia él.

—Pensé que yo sería tu teniente.

—Tú deberás dar hijos al Pueblo del Lobo Ardiente.

—*¡Gakh! ¡Ariga gull! ¡Lutka flúrz-ub!*

Hacían eso con frecuencia. Abandonaban la lengua común cuando no querían que los entendiera o simplemente olvidaban que yo iba con ellos. Lo olvidaban a menudo. Pronto aprendí a dar un paseo fumando mi pipa cada vez que nos deteníamos a descansar. Descubrí que los sueños que traía el gorgil ayudaban a soportar los dolores del hambre.

Y el hambre iba en aumento. Aku volvía con el morro limpio la mayoría de las veces. Ningún pueblo del lobo viajaba distancias tan largas por caminos tan desolados. Nuestra talega viviente se iba haciendo más flaca. Al cabo de unos días, su leche no era mucho más que agua blancuzca.

—Necesitaremos carne pronto —anunció Lúg mientras afilaba su cuchillo—. Si mañana no encontramos algo...

No necesitó completar la frase. La mirada que le dirigió a Aku lo decía todo.

Pero a la noche siguiente Aku volvió con el morro manchado. No de rojo, sino de negro. Y, como si nos hubiera entendido, dejó caer ante nosotros un brazo ceniciento.

—Se supone que no hay nadie en estos senderos —dijo Lúg. Comimos nerviosamente, escondidos tras las rocas. En cuanto terminamos, Lúg le dio a la loba una orden marcial. *Kilab*. «Compañía oculta». Aku dio un salto y se perdió de vista.

La precaución no resultó demasiado temprana. Habíamos andado un corto trecho cuando resonó una voz.

—¡Glókad! —llamaba la voz—. ¡Glókad!

Distinguimos en lo alto de un peñasco una sombra delgada y encorvada que llevaba una lanza. La aferró defensivamente y quedó en silencio cuando nos vio llegar.

—No queremos nada tuyo —vociferó Lúg en la lengua común, remarcando con claridad cada sílaba—. Déjanos pasar y nos iremos. —Le mostramos que también nosotros íbamos armados.

El extraño bufó. —¿Habéis visto a Glókad?

—No hemos visto a nadie.

—El imbécil debe haberse perdido. ¡Sha! Bien, que encuentre el camino de regreso él solo. —Se volvió para descender, pero se detuvo. — ¿Tenéis comida?

—No. Pensamos que tú podrías tener.

—No. —Volvió a bufar—. Pero tenemos fuego. Venid conmigo. Esta noche tenemos más sitio. —Nos dio la espalda y desapareció tras la roca.

—No digas una palabra —me susurró Kraz—. Tal vez podamos engañarlos. Pero si no podemos, necesitarás esto.

Y me pasó un cuchillo curvo en una vaina de hueso.

—¡Escóndelo! Y no lo saques salvo que yo te lo diga.

El extraño no nos dijo su nombre ni preguntó los nuestros. Tampoco hizo necesario inventar ninguna historia. Él mismo nos dio una.

—¿Huís de la guerra?

Lúg vaciló apenas un instante. —Como todos, ¿no?

—Sí. ¡Skai! Ahora han cerrado el paso. ¡*Brathugat ku guldush!*

—*Brathugat ku guldush* —repitió Lúg. El otro rió, quizás de su pronunciación.

—¿Planeáis cruzar el río?

—¿Cuál río?

—Dice Glókad que por este camino se llega a unos pantanos, y luego a un río muy ancho. Y del otro lado hay montañas con buena caza. Venados, ovejas, osos. Incluso tarks, a veces.

—Parece un lugar de cuento. ¿Él ha estado allí?

—No, pero dice que conoció a alguien que venía de allá. No sé si creerle.

—Tal vez intentemos llegar.

—¡Ja! Buena suerte.

—¿Vosotros no iréis?

—No sabéis nada de esta región, ¿verdad? Pasar ante la Puerta Negra y sus torres es ofrecerse a ser esclavos del Ojo.

—¿Torres? —Lúg no pudo ocultar su sorpresa.

—Dos torres que siempre vigilan. Podéis ir hacia el norte para eludirlas, si no os importa pasar hambre y dormir bajo el sol. —Me miró sobre un hombro con una media sonrisa—. ¿A ti te importa, pequeño? ¿Cómo te llamas?

—Él no habla —se apresuró a decir Kraz.

—¡Buena idea! —rió con aprobación el extraño—. Un snaga tonto puede ser útil si escasea la comida. Bien, aquí estamos. ¡Eh, muchachos!

Los muchachos eran dos. Estaban encorvados bajos pesadas pieles de lobo, agazapados junto a una fogata encendida con ramitas y pastos secos.

Yo no podía apartar la vista del fuego. La sola idea de pasar unas horas junto a él era una delicia. En el último año había descubierto que el viento y el frío solo eran agradables cuando el calor y el reparo estaban a un paso.

—No encontré a Glókad. Pero encontré a estos.

Los otros dos levantaron la cabeza. Fue el fin de mis ilusiones de un buen descanso.

—¡Aku! —tronó Lúg—. ¡Rukhat!

Al principio, vencido por la fatiga, solo acerté a pensar que apagarían el fuego si bailaban sobre él de esa manera. Kraz tenía una espada, y Lúg tenía una espada, y los que habían estado agazapados tenían espadas también. Aku surgió de las sombras, más grande y feroz de lo que recordaba. De pronto la noche se había llenado de gritos, dentelladas y choque de metales.

Y los alaridos del que un minuto atrás había sido nuestro guía y que ahora corría hacia mí.

Tenía el doble de mi estatura. Tenía una boca llena de dientes amarillos que rugía y babeaba. Tenía una lanza terriblemente aguda con que pretendía clavarme al suelo.

Solo podía hacer una cosa.

Me di la vuelta y corrí.

Pero tener las piernas más cortas de las montañas no siempre es una ventaja. Corría y saltaba, pero siempre oía los jadeos y los gritos pocos pasos detrás de mí. Nunca iba a escapar a la carrera. En cuanto vi un peñasco, fui hacia él y comencé a trepar.

La pared de piedra era áspera y casi vertical. Me partí más de una uña buscando asidero, y al llegar a la cima tenía las yemas de los dedos en carne viva. Entonces vi que no me quedaba adónde seguir huyendo.

Mi perserguidor trepaba con toda calma. La lanza lo estorbaba, pero sabía que su presa no tenía ninguna opción más que esperarlo.

—No te impacientes, pequeño snaga —oí su voz burlona—. Shogurz estará contigo muy pronto. ¡Kai!

Me arrepentí de haber abandonado las cuevas de mi pueblo. Pensé en mis túneles secretos. Pensé en mi ama. Pensé en Kúsh.

Recordé el cuchillo de Kraz solo porque estaba echado sobre él. Con torpeza rebusqué entre mis ropas y acerté a desenvainarlo.

Vi asomar la cabeza de Shogurz. Ojos amarillos, orejas velludas, dientes rotos y disparejos. Bramó cuando la hoja del cuchillo le atravesó la nariz.

Mi mano subió y volvió a bajar. Una, dos, tres, cien veces. Creo que trató de defenderse, porque recuerdo que apuñalé una palma y un brazo además de una cara. Mis recuerdos de esa noche están envueltos en una bruma negra y pringosa. Shogurz aguantó mil años aferrado a la piedra hasta que cayó y quedó quieto.

Nunca había creído que matar agotara tanto. Permanecí largo rato tratando de recuperar el resuello, de arrancarme esos gritos de la cabeza. Cuando bajé, hice cuanto pude por no ver mi obra. Pero no pude evitar sentir su olor.

La pelea había terminado. Kraz vendaba la cabeza de Lúg. Dos cuerpos yacían en el suelo, despedazados por espadas y colmillos.

—¿Por qué? —acerté a preguntar estúpidamente.

—Eran Garob y Kurb —dijo Lúg en voz muy baja.

—¿Qué?

—¡Garob y Kurb! —Kraz saltó con la furia de una espada desenvainada y pateó a uno de los caídos— ¡*Garob ag Kurb! ¡Rút u zolz!*

De la retahíla de insultos, solo entendí *Brathugat*. Y *Garazun*, que sabía que era «Lobo Tuerto».

—¿Eran... Eran de los nuestros?

—Nos abandonaron hace semanas. —Lúg me miró con ojos fríos. La sangre negra le goteaba del párpado—. Tú también quisiste abandonarnos.

—Déjalo en paz —lo riñó su esposa, más calmada tras desquitarse con el muerto—. Él se ocupó del otro.

Apenas entonces me percaté de que estaba cubierto de sangre.

Un cuchillo había alcanzado varias veces una pata de Aku. Nos quedamos allí hasta la noche siguiente, pero no eran heridas que sanaran en un día. Entre los suyos habrían cuidado de ella hasta que se recuperase, pero aquí no podía andar, ni correr, ni cazar. Casi me pareció que comprendía cuando Kraz le hundió el puñal en la garganta.

La cabeza de Lúg no dejaba de sangrar. La carne abierta comenzó a supurar y a despedir un olor nauseabundo. Lúg caminaba cada vez con más esfuerzo y sus descansos se prolongaban.

—Come —le ordenaba Kraz, por poco poniéndole la carne de lobo en la boca—. Debes estar fuerte.

Pero Lúg se negaba a comer. No parecía saber dónde estaba ni adónde iba. Debíamos guiarlo como a un ciego, y cuando le tomaba la mano, siempre me alarmaba hallarla ardiente.

Los labios de la herida se secaron y se retrajeron, y el hueso quedaba a la vista cuando Kraz cambiaba los vendajes. Finalmente comenzaron a desmenuzarse como si estuvieran hechos de ceniza. La mordedura de la flor.

Una mañana nos echamos a dormir en una gruta y al anochecer no pudimos despertarlo.

Kraz gritó. No fue un aullido de lobo. Fue algo mucho más terrible. Ningún animal podría contener tanto dolor.

Una noche entera permaneció junto al cadáver sin hablar, sin comer, sin moverse. Parecía haber muerto ella también de rodillas. Una sola vez intenté acercarme y solo logré que me gruñera. No sabía qué hacer más que sentarme y fumar. Pero todos los sueños del gorgil eran pesadillas y pronto desistí.

Al fin Kraz recuperó la animación, pero no quiso oír una palabra acerca de seguir camino antes de construir una pira. Hicieron falta dos noches para cortar suficientes árboles raquíuticos y pastos resecos.

El cansancio que vi en su rostro mientras las llamas consumían a su esposo no era solo del cuerpo.

—Somos fuego —dijo.

Así terminó la última batalla del Pueblo del Lobo Ardiente.

LUEGO DE varios días de marcha silenciosa, las montañas habían torcido hacia el norte y vimos a su término una de las torres de que nos habían hablado. Brillaban luces en las ventanas y resolvimos

no acercarnos. Pero con gran esfuerzo trepamos una peña y a través de un resquicio tuvimos una visión del paso.

Una torre igual se levantaba del otro lado. Eran dos centinelas gigantes que vigilaban con muchos ojos. Vimos soldados que entraban y salían de cuevas a sus pies.

Pero lo peor fue la puerta. Quizás los pueblos de la montaña pudieran abrirse paso entre las torres, pero ni todas las mazas y todas las espadas mellarían nunca tal cantidad de hierro.

—No puede ser —oí a Kraz.

—Tal vez haya alguna manera de llegar —dije, deseando creerlo—. Si buscamos un poco...

—No puede ser.

Bajó, o se dejó caer, a un saliente donde habíamos descansado en nuestro ascenso. No sé si ese era su propósito o si simplemente el saliente la detuvo.

—¡No puede ser!

Las primeras veces había sido apenas un susurro. Ahora Kraz gritaba, y al gritar cortaba el aire furiosamente con la espada. Los golpes iban y venían como si buscara un enemigo invisible, y al no encontrarlo, atacó la pared de piedra.

—¡Todo para nada! ¡*Karhu Brathugat!* ¡Todo, todo para nada!

—¡Silencio! ¡Te oirán!

—¡Que me oigan! ¡*Ragu garn rikad!* ¡Que me oigan, maldita sea!

La espada se cuarteó, se dobló, se partió. Volaron trozos de acero. Kraz no se detuvo hasta que no le quedó nada en las manos ensangrentadas. Entonces se desplomó. Los sollozos le salían espasmódicamente. Sollozos, o tal vez carcajadas. Quizás ni ella lo supiera.

—Kraz —traté de llamarla cuando supuse que se había calmado—. Kraz. Tenemos que encontrar un camino...

—No, Ratón. No. Tú no estuviste cuando tomamos el Espolón. No sabes lo que una muralla puede hacer. Y esa muralla que está allí... ¿La has visto? Podrían lanzarnos todo lo que quisieran y nuestras flechas nunca los alcanzarían.

—Lo sé. Por eso Brathugat...

—¡Brathugat está loca!

No tuve valor de discutir. Tenía fe en mi ama, pero mi ama estaba lejos y la muralla estaba cerca. No podía sino admitir la enormidad que la distancia me había ocultado hasta entonces.

El Ojo había convertido el país entero en una fortaleza. No éramos guerreros: éramos ratas. Éramos hormigas. No nos hacían la guerra: nos estaban exterminando.

—No se puede vencer algo así —repetía Kraz—. No se puede.

—Throgul los venció —respondí, más para darme ánimo a mí mismo que a ella.

—¡Throgul! Throgul esto, Throgul aquello... ¡Son solo historias! Ni tú ni yo estábamos vivos. Por lo que sabemos, Brathugat inventó todo.

¿Cómo contradecirla? Llevaba toda mi vida oyendo y contando historias. Sabía que las palabras pueden moldearse y retorcerse para inspirar o para desesperanzar. Las historias son barro de quien las cuenta, pero la realidad es distinta. La realidad no es barro, sino sólida y terca como las piedras.

La realidad era que nunca pasaríamos por aquella puerta.

Tenía frío. El viento me azotaba y el hambre lo hacía peor. Pero no acertaba a buscar refugio. No podía más que temblar y espiar a través del resquicio entre las rocas. Durante lo que me parecieron

horas espí un punto del paso, y luego otro, y otro más allá, como si mi persistencia pudiera crear un camino que no estuviera plagado de enemigos.

También Kraz temblaba. De frío, de ira, de fatiga. Oía su respiración entrecortada debajo de mí. Por largo rato no tuve otra señal de su presencia.

—Ratón... —dijo por fin.

No se había movido. Ya no se la veía furiosa, sino cansada. Colosalmente cansada.

—Ven aquí, Ratón —me dijo con una calma que me estremeció aun antes de que notara el cuchillo en su mano.

—Uh... Prefiero quedarme aquí.

—No podemos seguir adelante. Y no tenemos suficiente comida para volver. ¿Prefieres morir de hambre?

Pasó un dedo indolente por el filo curvo como si no advirtiera que se estaba cortando. La hoja se manchó de sangre negra.

—El filo es bueno —dijo casi susurrando—. Te juro que no te dolerá.

—Podríamos... Podríamos ir al oeste —farfullé—. Tratar de cruzar el río.

Por un momento me lo creí. Estúpido.

Kraz se puso de pie afirmándose en las rocas. No sé si me aterró más el cuchillo o su mirada.

—Si no vienes, iré a buscarte.

Y, sin más advertencia que esa, se lanzó en pos de mí.

Quisiera poder contar esto de otro modo. Quisiera decir que pensé: «Bien, Ratón, aquí estás de nuevo. Otra vez te persigue alguien que quiere matarte. Y esta vez no tienes el cuchillo». Lo cierto es que solo pensaba en huir. Si se me ocurrió alguna otra cosa, no la recuerdo. Solo recuerdo los salientes resbaladizos y las cornisas traicioneras.

Quisiera poder decir que me salvó mi astucia. Lo que me salvó fue una planta. Ni siquiera estoy seguro de haberla visto. Solo sé que me aferré de sus raíces para cruzar de una cornisa a otra y se me detuvo el corazón cuando la sentí ceder. Pero soportó mi peso.

Fue más por instinto que por propósito que me detuve y esperé a Kraz.

La vi aprestarse para cruzar. La vi cambiar de mano el cuchillo. La vi aferrarse a la raíz. Cuando levantó el pie, cerré los ojos.

Oí el grito. Oí el golpe.

Luego solo oí el viento.

¿Lloró Irshag el Ratón? ¿Lloró el más pequeño, pero también el más valeroso, de los siervos de Brathugat?

Lloró. Vaya si lloró. Lloró largo rato agazapado en la cornisa en que se había detenido, sin hallar valor ni para moverse. No hubo manera de contener las lágrimas de desolación y de miedo. Estaba solo, lejos de todo auxilio y rodeado de enemigos.

Y los enemigos vinieron.

—¡Gar! Te digo que los gritos venían de aquí —dijo una voz.

—Tú siempre estás oyendo cosas —respondió otra voz—. Yo creo que fue algún eco dentro de tu cabeza hueca.

—Un eco, ¿eh? Explícame qué eco es este.

—¡Ai! ¿Está muerto?

—Debe haberse caído de la montaña. No sería el primero.

—¿Es de los nuestros?

—No sé si eres ciego o idiota. ¿No ves que es una mujer?

—¿Una mujer? ¿Cómo llegó aquí?

—¿Cómo voy a saberlo? Esta ya no contestará ninguna pregunta.

—¡Ja! Sé cómo te gustaría interrogarla.

—¡Ja, ja, ja! Si estuviera viva, unos cuantos huesos rotos no serían molestia. Pero no, los jefes no lo permitirían.

—Oí que los salvajes llevan a sus mujeres cuando van la guerra.

—¿En serio? Deberíamos desertar y huir con ellos.

—¡Ja, ja!

Solo cuando los oí alejarse me atreví a volver a respirar. Me asomé con cautela al borde de la cornisa y vi las dos figuras que arrastraban el cuerpo de Kraz. En ningún momento se habían percatado de mi presencia.

Estaba solo y lejos de todo auxilio, y rodeado de enemigos. Pero mis enemigos no sabían que estaba allí.

Mi ama me había pedido que cruzara el paso del Espolón y lo había hecho. Me había pedido que llegase en secreto hasta la muralla y también eso había hecho. Solo restaba encontrar la forma de abrir la puerta.

Me sentía reanimado, como si las lágrimas se hubieran llevado lo peor del miedo. Pensé en mi ama y en mi pueblo. Pensé en Kúsh. Hallarme lejos ya no me detenía. Ahora me impulsaba. Descendí y seguí las figuras a prudente distancia.

La muralla y las torres estaban hechas para detener a un ejército. A mil, dos mil, diez mil guerreros.

Pero no para detener a un ratón.

AQUELLAS CUEVAS eran diferentes de cualquiera que hubiera conocido. La piedra tenía otras texturas y otras formas, y hasta olía diferente. Tardé un tiempo en aprender sus secretos. Pero también aprendí que no me era difícil esconderme entre una multitud de extraños.

—¿Por qué enviarían alguien tan pequeño? —me preguntó el que decía llamarse Lashgat.

—Soy el mejor rastreador de todos.

—Un husmeador, ¿eh? —rió—. ¿En qué compañía estás?

—L... la de Lúg.

—¿La de Lúg? —Rió con más estruendo que antes—. Está bien. No me lo digas si no quieres.

No volvió a preguntar. La comida y la bebida robadas compraban amistad y discreción.

El Ojo no se cuidaba de pueblos ni de parentescos: parecía simplemente haber tomado un puñado de guerreros al azar para guardar sus puertas. Allí nadie se fiaba de nadie y eran habituales las riñas. Casi todos hablaban la lengua común, ya fuera para pelear o para conversar. Aquello facilitaba mis averiguaciones, pero también me entristecía.

Advertí que entre todas las voces no se oía ninguna de mujer. Traté de interrogar a Lashgat sobre esto.

—Oí que las mujeres salvajes también van a la guerra —dejé caer mientras jugábamos a los dados.

—¿Dónde oíste eso?

—Por ahí. —Me encogí de hombros—. Quizás sería más fácil derrotarlos si en nuestras tropas también hubiera mujeres.

—¿Quieres que haya mujeres aquí? —De repente sonrió. Era una sonrisa que le deformaba el rostro, muy amplia y llena de dientes. Algo en sus ojos me perturbó—. ¡Vaya! Eres un pequeño depravado, ¿eh?

No regresé al asunto. Un par de veces quiso iniciar él una conversación al respecto, pero lo ignoré.

Husmeando y hablando con Lashgat llegué a conocer bien aquellas cuevas. Muchas cámaras se usaban para una sola cosa. Había cámaras para comer, cámaras para dormir y cámaras para hacer ejercicios.

Había una puerta de bronce con extraños grabados, y tras la puerta, una escalera de piedra ascendía a la torre que se alzaba sobre la colina.

Y había un túnel que atravesaba la muralla.

Para llegar al otro lado era necesario pasar entre dos centinelas y cruzar una reja de hierro. Pero supe que el túnel se abría cuando llegaban relevos. Abandonaría aquellas cuevas como había llegado a ellas, confundíendome con los soldados del Ojo. Quizás del mismo modo marchara las sesenta leguas que me separaban de mi ama. No tenía más que hacer acopio de provisiones y esperar.

—Sé dónde guardan el tónico —me susurró Lashgat un día.

—¿El tónico?

—¡Sí, tonto, el tónico! ¿Nunca te han hecho marchar varios días sin comer ni dormir?

—Sí. Sí, por supuesto. —En todo caso, pensé, era algo que quizás tuviera que hacer pronto.

—Conozco a alguien que nos dará diez monedas de plata por un frasco. Quizás hasta pueda arreglar una visita a los barracones de las mujeres.

Otra vez esa sonrisa perturbadora. Tardé un instante en comprender qué me estaba ofreciendo sin él saberlo.

Un pasaje oculto. Una contraseña secreta. Un centinela infiel. Quizás pudiera llevar a mi ama dos de esas tres cosas.

—¿Quién es?

—¡Ja! ¿Para que negocies con él y puedas quedarte con mi parte? No te dejes llevar por la codicia. Tú solo consigues ese tónico y tendrás tus cuatro monedas.

—¿Cuatro?

—Pueden ser tres si sigues haciendo preguntas idiotas.

Junto a la cámara para comer había otra llena de arcas y toneles, y de allí se pasaba a un corredor. El corredor era largo y recto, más tallado por manos que por las fuerzas del interior de las montañas. No me gustaba no tener dónde esconderme. Lo crucé rápidamente, sin cuidarme mucho del ruido.

El final del corredor estaba cerrado con una reja no muy diferente de la del túnel. Los gruesos barrotes cuadrados estaban demasiado cerca unos de otros como para que nadie se deslizara entre ellos.

Excepto un ratón.

Abrí la bolsa de cuero que llevaba y unté concienzudamente con sebo un par de barrotes. Me deshice de mis ropas y pasé un brazo, y luego la cabeza. Fuerza. Fuerza. Dolor en el pecho y en la espalda. La presión me vació de aire los pulmones; pero, con un sonido viscoso, acabé cayendo del otro lado.

Era una pequeña cámara llena de suministros. Vendajes de lienzo y de tela de araña. Cajas llenas de un ungüento oscuro y maloliente. Un par de sierras de fiero aspecto que no me habría extrañado que usaran por diversión.

Encontré el tónico tras un recodo que no había visto al entrar. Hileras de frascos de arcilla se alineaban sobre estantes. Debía haber tres o cuatro docenas. Nadie echaría de menos un par.

Si lograba atravesar aun otra reja.

Ni pensar en volver a usar el sebo. Hasta yo era demasiado grande para esos barrotes. Aun con mi mayor esfuerzo no llegaba siquiera a rozar los frascos con las uñas.

Miré las sierras con una idea súbita que descarté casi en el mismo instante. Si intentaba cortar la reja, todos lo oírían. Pero junto a las sierras colgaban otras cosas. Cosas de metal con punta o con filo que daba espanto pensar que se usaran para reparar soldados y no sus armas.

Me entretuve en revisar mi plan mientras probaba primero una herramienta y luego otra en la cerradura. Robaría un par de frascos. No, tres sería mejor. Ocultaría dos para el camino y le llevaría el restante a Lashgat. Espiaría a Lashgat. Averiguaría a quién le vendía el frasco.

A este punto había llegado cuando una llave sonó a mis espaldas.

—Atrapamos un ladrón —gruñó uno de los oficiales. El otro estrujaba mi ropa en los puños.

Me arrastraron de un extremo al otro del corredor. El dorso de una mano muy pesada me advirtió que no ganaría nada luchando. Debió ser entonces cuando perdí el diente. Durante mucho tiempo pude sentir el agujero con la punta de la lengua.

Docenas de curiosos se agolpaban para verme pasar. Fue fácil distinguir a Lashgat. Hacía ostentosos esfuerzos por que nadie reparara en él.

—¡Traedme a ese! —lo señaló uno de mis captores—. Siempre los veo juntos.

—No... no lo conozco, jefe —tartamudeó Lashgat—. No sé quién es. Apareció de pronto hace unos días. S... siempre quiere venderme cosas robadas. Y... y hace preguntas. Muchas preguntas. Como si no supiera cómo funciona todo aquí.

—¡Un fisgón! —bramó el capitán— Aquí sabemos cómo tratar a los fisgones.

Otros prendieron a Lashgat y se lo llevaron. No supe adónde. Pero sí sabía dónde me llevaban a mí.

Me llevaban directo a la puerta cubierta de grabados.

A la torre.

UNA CELDA no es una cueva. Había paredes de piedra y había un piso de piedra. El piso estaba cubierto de tallos secos. Había un balde en un rincón.

No había agujeros que pudiera encontrar. No había recovecos ni resquicios.

Había una puerta por la que entraban carceleros a hacerme preguntas.

Cuál era mi nombre. Qué hacía allí. De dónde venía. Qué sabía de la muerta que habían encontrado.

No hablé. Los ratones no hablan.

Había un ventanuco a gran altura. Pensé en escabullirme por él. Pero las paredes eran lisas y rectas, sin asideros para trepar. El ventanuco solo servía para que entrara el sol y tuviera que refugiarme en los rincones más oscuros.

No recuerdo cuánto tiempo duró aquello. Quizás fueron dos días. Quizás fueron dos años.

Las preguntas cambiaron. Qué sabía de unos muertos en las montañas. Qué sabía de una pira. Qué sabía de unos huesos de lobo.

Nada. Nada. No sabía nada.

Podía trenzar los tallos secos. Algunos eran quebradizos, pero otros eran flexibles y fuertes. Podía intentar hacer una cuerda.

La rutina no variaba. Un postigo alto se abría para lanzarme comida. Un postigo bajo se abría para sacar el balde.

Y la puerta se abría para los interrogatorios.

Me mostraron cadenas. Me mostraron tenazas. Me mostraron punzones que podían calentarse al rojo.

Qué sabía de la guerra. Qué sabía de Brathugat.

No hablé ni cuando me atravesaron una mano con un punzón.

Trenzar tallos con una sola mano se dificultaba. Mis cuerdas eran flojas y débiles, y ninguna era de más de un palmo. Traté de anudarlas unas con otras. Solo logré que se deshicieran.

Pensé mucho en mi ama. Lamenté muchas veces haber rechazado el cuchillo de Kraz.

A veces había algún hueso en la comida. Si partía el hueso, tenía una punta filosa. No era un punzón de hierro, pero se clavaría en una garganta con igual eficacia.

Un día vinieron dos carceleros. Tenía mi punta de hueso preparada y oculta. Mataría a uno y el otro me mataría. Había renunciado a un mejor plan de huida.

El primero gruñó como un jabalí.

—Uno de los jefes ha venido a hablar contigo —dijo.

La habitación se oscureció y se me heló la sangre cuando el jefe entró. Aun con todo lo que había sucedido y todo lo que sucedió después, me daré por dichoso si nunca vuelvo a encontrar algo así.

No quiero describirlo. No sabría cómo. Solo puedo decir qué no era. No era un tark ni un golug, aunque fuera igual de grande. Incluso sus lacayos le tenían miedo. Distinguí por el rabillo como se apartaban.

No vi ojos, pero sé que me miró. Lo sentí en las tripas.

Y cuando me habló, juro que fue igual que si me clavara un cuchillo helado.

—Vas a decirme cuanto te pregunte.

Se lo dije.

Perdóname, ama. Perdóname, Kúsh.

Se lo dije todo.

ESTAMOS CONSTRUYENDO una fortaleza. Dicen que es una torre, y que será más alta que cualquier otra. Muy alta debe ser ciertamente: ha crecido mucho desde que llegué y pareciera que apenas la han comenzado.

Pero yo no sé qué forma tendrá, ni si llegará hasta la luna. Yo solo mezclo mortero. Mi vida es mezclar mortero junto a otros cien y no contar historias.

No sé cuánto llevo aquí. Hace mucho que perdí la cuenta de las estaciones. Mis manos están llenas de callos y cicatrices, y ya apenas sé en cuál entró el punzón. Tampoco siento ya con la lengua el agujero de mi diente. No me quedan dientes.

Al principio veía caras conocidas entre las que llegaban a diario. Zagog, Kroth, Lokgursh del Cuervo... Ninguno de ellos está aquí ahora. A los más fuertes los asignan a los grupos que trabajan bajo el sol y no duran mucho. A otros los envían a los cimientos de la fortaleza, que dicen que son antiguos y terribles; esos duran aun menos. Los huesos de todos llegan triturados para agregarlos al mortero que mezclo.

Yo tengo suerte de haber durado tanto. El día que más cerca me sentí de morir fue cuando trajeron la cabeza de Brathugat en la punta de una lanza. Dieron varias vueltas en torno a la fortaleza con gran estrépito de tambores para que todos la viéramos. Finalmente fijaron la lanza en lo más alto hasta que la carne se pudrió y el cráneo cayó al suelo.

En un tiempo veía ocasionalmente a Kúsh en los barracones donde suelen llevarnos para incrementar las tropas del Ojo. Nos manteníamos alejados si podíamos, y cuando no podíamos, no hablábamos ni nos veíamos a la cara. Un día dejé de verla. No sé qué fue de ella.

Casi ninguno de los que mezclan mortero conmigo había nacido cuando llegué. No me llaman Ratón. Me llaman maestro. Me oyen hablar de ingredientes, de consistencias, de tiempos de fraguado. No me oyen contar historias.

Salvo a veces.

El viento aquí suele ser caluroso y fétido, y arrastra cenizas. Pero cuando sopla desde el norte es un poco más fresco y trae un olor lejano que me recuerda las cuevas de mi pueblo. Y trae semillas de gorgil.

Casi nada crece en estos páramos, pero el gorgil puede germinar en cualquier sitio. Los brotes suelen durar poco: los pisotean o los aplastan los carretones. Pero en ocasiones una planta nace en un rincón apartado y alcanza a florecer. A veces las flores son moradas o amarillas. A veces son rojas.

Al otro día las plantas ya no están. No sé quién las quita.

Pero más tarde, cuando nos encierran en las barracas, alguien me trae una flor arrugada y me pide en voz muy baja que le cuente de cuando marcharon los pueblos de la montaña.